

DISCURSO MINISTRA TOHÁ EN CONMEMORACIÓN N°51 DEL GOLPE DE ESTADO

Muy buenas tardes, muchas gracias por estar aquí hoy todos juntos. Junto al Presidente, algunas autoridades y las familias, venimos recién de inaugurar el que se llamará Salón de los Ministros en el Gabinete del Ministerio del Interior. Este salón va a estar dedicado a la memoria de Orlando Letelier, de Carlos Prats y de mi padre José Tohá. Los tres fueron ministros del Interior del Presidente Salvador Allende y los tres fueron eliminados por la dictadura.

El año pasado, cuando se cumplieron 50 años del Golpe de Estado, se realizaron múltiples actividades en todas partes, en Chile y en el mundo. Una de las cosas que hicimos en el gobierno es que cada ministerio reconstruyó la lista de víctimas de trabajadores, trabajadoras o autoridades de su cartera y todos realizamos una ceremonia de homenaje en la que esa lista fue leída ante los funcionarios actuales, nombre por nombre.

Fue un momento conmovedor porque entre esos nombres había funcionarios de todos los niveles y estamentos, de distintas edades, hombres, mujeres, de distintas regiones. Y quienes somos los actuales trabajadores de cada ministerio nos sentimos personalmente identificados en ese momento y reflejados en esas víctimas. Nos mirábamos mientras leíamos los nombres y nos imaginábamos que si estuviéramos en esa época, 50 años atrás, nosotros ocuparíamos su lugar.

Reconstruir esa información no fue fácil, porque nunca se había clasificado a las víctimas desde su lugar de trabajo. La forma de hacerlo fue leer completo el informe RETTIG e ir identificando uno por uno a quienes trabajaban en cada cartera al momento del golpe. Y en el caso del Ministerio del Interior, cuando construimos la lista, nos dimos cuenta por primera vez que en ella había tres ministros: Orlando Letelier, Carlos Prats y José Tohá.

Tuvieron que pasar 50 años para que hiciéramos ese hallazgo. Nos dimos cuenta en realidad de que no solo eran tres ex ministros del Interior, sino que tres figuras políticas que habían tenido mucha cercanía con las Fuerzas Armadas, porque tanto Orlando Letelier como mi padre después fueron ministros de Defensa, y en el caso de Carlos Prats, él era un General del Ejército.

Y nos dimos cuenta además que estos tres pudieron haber sido cuatro, porque hubo un intento igual de artero de asesinar a Bernardo Leighton, ex ministro del Interior del gobierno del Presidente Eduardo Frei Montalva.

Estos tres hombres no solo compartieron el hecho de haber sido ministros del Interior y el haber sido víctimas del odio con que los persiguió y asesinó la

dictadura. En su muerte, sus vidas también se entrelazan porque se tejieron entre ellos y sus familias profundos lazos.

Haber experimentado esa posición indescriptiblemente difícil, no puedo ni imaginarla, que era ser ministro del Interior en un período tan turbulento como fue el gobierno de la Unidad Popular, puso a estos tres hombres una y otra vez ante decisiones difíciles y ante dramas gigantes que intentaron con todas sus fuerzas detener.

No se hicieron muchos amigos probablemente mientras estuvieron en sus cargos, pero el tiempo se ha encargado de dejarlos en un lugar de respeto y reconocimiento incontestado a los tres. Durante sus vidas se forjó entre ellos una relación de aprecio mutuo, de colaboración y de afecto entrañable, que alcanzó también a nuestras familias desde esa época y que ha sido consolidada en el tiempo de la mano de esas mujeres tremendas, luchadoras, que son las viudas de Orlando Letelier y de mi padre, Isabel Margarita y Moy, y por las tres hermanas Prats: Sofía, Angélica y Cecilia.

Cuando mi padre murió, en marzo de 1974, yo tenía ocho años. A los pocos días el General Prats le escribió una carta a mi madre desde Buenos Aires y en ella le hablaba de las razones por las que él creía que mi padre había sido asesinado. Pensaba que José Tohá representaba una sombra peligrosa para la recién instalada dictadura, por el respeto transversal que inspiraba su figura y que podía ser aglutinadora o movilizadora de otros. Y porque su sola existencia se constituía en un reproche moral a la traición desde donde había nacido el ascenso de Augusto Pinochet, pues mi padre había tenido un papel principal en elegirlo como sucesor de Carlos Prats en la Comandancia en Jefe del Ejército.

A los pocos meses, Carlos Prats y su mujer cayeron brutalmente asesinados por una bomba cuando regresaban a su casa en Buenos Aires, y probablemente las razones por las cuales ese crimen se perpetró fueron las mismas que en el caso de mi padre.

Tengo un vago recuerdo de ese momento, de mi mamá contándome en nuestro departamento ya en Ciudad de México que estaba triste porque había muerto Carlos Prats y su señora. Yo tenía nueve años en ese entonces.

Un tiempo después, cuando yo ya tenía diez años, Orlando Letelier fue de visita a México desde Estados Unidos donde vivía, y mi madre me propuso que me juntara con él para que me contara sus recuerdos del tiempo que compartieron juntos en Dawson como prisioneros. Así se hizo. Había un almuerzo, una cena en mi casa, no recuerdo, y él se salió un rato para juntarse conmigo. Nos sentamos en el dormitorio de mi mamá, en el borde de la cama, y él me estuvo contando cómo fue

la experiencia de Dawson. Combinaba anécdotas dolorosas con otras chistosas, como suelen hacer las personas que han pasado por campos de concentración, que transforman sus recuerdos de horror en historias humanas donde se encuentra forma alguna de construir la cotidianidad, la humanidad e incluso el humor en medio de la tragedia que se está viviendo.

Al año siguiente, volviendo a la casa, un día en la tarde después de ir a hacer compras al negocio de la esquina, encontré a mi mamá que venía regresando del trabajo y estaba preparando algo en la cocina, y mientras seguía cocinando me dijo: tengo que decirte una cosa, mataron a tu tío Orlando. Yo tenía 11 años.

Cada historia de cada víctima es única. Detrás hay una persona, con su historia, con su biografía, con su familia. Uno por uno los fueron matando, muchas veces en otros casos los hicieron desaparecer, uno por uno.

Los mataron uno por uno, pero lo que buscaron realmente fue asesinar a un grupo, fue destruir a un grupo. Eran categorías de seres humanos, colectivos, formas de organizarse, formas de pensar, era una idea, una energía de cambio social que había en el Chile de esa época.

Cuando una ve este grupo de tres ex ministros, de ex funcionarios de una misma cartera, o cuando uno ve al grupo de los ex funcionarios del Ministerio de Salud, del Ministerio de Obras Públicas, no puede dejar de compararlo con lo que se experimenta cuando se visita los sitios de los ex campos de concentración y de prisioneros.

Hace poco me tocó estar en la 1era Comisaría de Ancud, junto con quienes estuvieron presos ahí cuando fue campo de prisioneros. Pocos meses antes estuve en el regimiento de las Bandurrias, en Coyhaique, compartiendo con los ex presos, y antes me ha tocado, y creo que a muchos de los que estamos aquí estar en distintos lugares, en mi caso en Chacabuco, en Pisagua, en Villa Grimaldi, en Lonquén, en las casas de calle Londres, de Santa Lucía, y en todas esas comunidades de presos y de víctimas, se encuentra algo que se parece mucho. Todos saben que murieron de a uno, que fueron prisioneros de a uno, pero que los persiguieron en grupo, que su drama los trasciende a la tragedia personal y familiar.

Víctimas conocidas y anónimas, las que han encontrado justicia y las que no, compartimos una misma historia, y no somos solo herederos de nuestros respectivos padres, de nuestras parejas, de nuestros hermanos o de nuestros compañeros de partido, somos herederos de una generación de hombres y mujeres chilenos que intentaron algo grande, enorme, que resonó en todo el mundo, intentaron hacer una patria que fuera justa para todos y que fuera libre, lo intentaron además por los medios correctos: la transformación democrática, el

gobierno constitucional y la promoción de la organización social. Aunque no lograron su propósito y sin duda cometieron también errores en su intento, dejaron un testimonio que es esperanza hasta el día de hoy en todas partes.

Los 90 caídos con la caravana de la muerte, los 15 cuerpos de campesinos asesinados en los hornos de Lonquén, los 10 integrantes de la primera dirección clandestina del PS, los 6 integrantes de la dirección del Partido Comunista del 76, los 119 desaparecidos de la Operación Colombo, los 55 funcionarios del Ministerio de Agricultura, los 70 habitantes de Paine asesinados, las 12 víctimas de la Operación Albania, para la dictadura eran números, eran grupos peligrosos.

Algunos anónimos, como el dirigente sindical de Talcahuano; otros conocidos, incluso con los que habían compartido vida social, habían compartido la mesa, el comedor de mi propia casa. Pero para nosotros no son números, son personas, son nuestros seres queridos. Aun así, todos sabemos que fueron lo que fueron porque actuaron en conjunto, porque construyeron algo juntos. Eso los hizo valiosos, eso los hizo peligrosos.

Los políticos todos, los de entonces, los de ahora, somos a fin de cuentas trabajadores sociales: servimos si logramos movilizar a los demás, hacerlos cambiar de opinión, seguir una idea, ponerse de acuerdo, definir una prioridad. No somos importantes por separado, ni nuestros cargos, ni nuestra fama y ciertamente nuestros likes son importantes y no sirven realmente para nada si no logran mover a los demás.

Por eso Allende y los suyos, Allende y ese movimiento político y social que lo acompañó, llegaron a ser tan significativos, porque hicieron de una idea improbable y ambiciosa una energía que movió a todo un país.

Hoy es 11 de septiembre y recordamos a nuestros muertos. A cada uno por lo que fue. Por su vida. Por el amor que nos dio y por el que entregó a Chile. Y los recordamos especialmente por lo que hicieron juntos, por cómo lo hicieron y cómo estuvieron dispuestos a morir con su dignidad intacta.

Son otros tiempos, sin duda, otras historias, pero ese aprendizaje tiene el mismo valor que entonces y quizá hoy, en tiempos en que es frecuente escuchar reducida la política a expresiones más mezquinas y torcidas, es más valioso todavía y se agranda y se agranda año tras año.

Muchas gracias.

Palacio de La Moneda, 11 de septiembre de 2024.-